

quien, desde hoy en adelante, jamás apartará la hermosura del cumplimiento de sus deberes.

Y después de besar respetuosamente la mano de la esposa de su primer ministro, se retiró a palacio, pesaroso de su arrebató y agradecido de aquella lección.

Algunos días más tarde regresó el visir de su misión y fué a dar cuenta de ella a su soberano.

Después de la audiencia corrió a su casa, gozoso de sorprender a su mujer con los valiosos regalos que llevaba.

Mas al sentarse en un diván, sus miradas descubrieron entre los pliegues de la seda un objeto brillante, y reconoció con sorpresa que era la sortija del emir.

Convencido de su desgracia, procuró disimular el furor que devoraba su corazón, y aquella misma tarde, con aparente calma, dijo a su mujer:

—Mi ausencia te ha impedido visitar a tus padres. Ve a ofrecerles tus respetos.

Fátima obedeció en el acto. Mas apenas había pisado el umbral de la casa paterna, cuando se presentó un mensajero de parte de su marido a entregarle su carta de divorcio.

Tan infausta como inesperada noticia la hizo palidecer de dolor, hasta desmayarse en un llanto convulsivo.

Cuando sus padres la interrogaron sobre los motivos que hubieran obligado al visir a tomar una resolución tan extremada, respondió que ponía a Dios por testigo de su inocencia y que el rigor de su marido era para ella un misterio insondable.

Algún tiempo después de este suceso, viendo el

padre de Fátima que su hija se moría de pesar, presentóse en el palacio del emir en ocasión en que éste daba audiencia pública.

—Señor—dijo, prosternándose ante el soberano—, yo tenía un hermoso jardín, plantado de frondosos árboles que daban exquisitos frutos. Ese jardín lo había confiado a vuestro visir El-Nedchar, que prometió cuidarlo con esmero, bajo la condición única de reposar en él. Pero se ha comido los frutos y ahora deja que el jardín se deshoje y se seque de abandono.

¿Qué contestáis a todo esto?—exclamó el sultán dirigiéndose al visir, que estaba cerca del trono.

—Ese hombre dice la verdad, magnífico señor—respondió gravemente El-Nedchar—. Es cierto que me había confiado un espléndido jardín y que yo lo cultivé al principio con todo el esmero y el amor de mi alma. Pero un infausto día, al entrar en él, contemplé a mis pies las huellas del león; tuve miedo y abandoné, señor, el jardín, con todo el dolor de que es capaz un corazón humano.

El soberano comprendió que el jardín era Fátima, que el hombre que se quejaba era su padre y que las huellas del león pudieran ser su sortija olvidada.

—Nada temáis—dijo entonces, con voz solemne, a su visir—. Id a vuestro jardín y reposad tranquilamente en él. Lo conozco y sé que está bien fortificado. Es cierto que el león ha merodeado en sus alrededores; pero ha encontrado inaccesible la entrada. Idos en paz y que la verdad del Señor os acompañe.

El visir volvió a vivir con su esposa y, conven-

cido de lo acrisolado de su virtud, la amó en lo sucesivo mucho más que la había amado hasta entonces.»

Al terminar Ismael su relación, un silencio profundo comentó sus últimas palabras.

Las mujeres, con la cabeza baja, meditaban.

Los ancianos se acariciaban soñolientamente sus luengas barbas de lino.

Sólo Aischa se atrevió a murmurar:

—De haber sido yo Fátima, jamás habría perdonado al emir su imprudencia... ¡Sabría vengarme de ella!

Y al decir estas palabras sus ojos centellearon en las penumbras del velo con reflejos acerados de puñales que se desnudan en la sombra.

#### IV

Al anoecer regresaron los pastores, acorralando los rebaños en sus rediles ceñidos de anchos y profundos fosos para evitar el asalto de las fieras nocturnas.

So comió frugalmente: dátiles, leche de camellos y pan de cebada.

La tribu empezaba a inquietarse por la tardanza de los foránicos, destinados a traer noticias del combate.

Los niños se asomaban a las empalizadas a indagar el horizonte. Algunos pegaban el oído en tierra para oír mejor los rumores de la distancia.

Las mujeres sollozaban, curvadas en el suelo, soplando en las puertas de las tiendas las últimas brasas del fuego familiar.

Acababa de rezarse la oración de la tarde, y en la tienda del Schajj Almanzur se congregaban los ancianos y las mujeres principales de la tribu, comentando la tardanza de los foránicos. Nadie ya podía reprimir sus temores.

Aischa, reclinada en un ángulo, estaba palidísima.

Bajo la niebla sutil de sus velos, un temblor nervioso agitaba sus miembros largos y ágiles.

Sólo Almanzur permanecía sereno, aconsejando calma y confianza en Dios.

—Desde los desfiladeros de Absud—decía— hasta aquí, la distancia es larga. Sólo la agilidad de nuestros corceles puede recorrerla en una jornada.

Los foránicos no tuvieron tiempo de recibir noticias. Acaso el viento haya apagado las hogueras en las cumbres vecinas.

Tranquilizemos nuestro ánimo depositando por entero nuestra confianza en Dios. En sus manos está la victoria. Acatemos reverentes sus sagrados designios.

—Señor, yo no sé qué amargo presentimiento tortura mi alma, que desde que nuestras huestes salieron no me deja descansar un momento—exclamó Aischa, revolviéndose en su lecho de cojines—. Yo he visto siempre, con la sonrisa en los labios, partir a nuestro amado Muhamed al combate. Yo misma, cantando, le ceñía la espada, le calzaba las espuelas y ponía en sus manos el arco

o la lanza. Pero en esta jornada no sé qué angustia extraña me oprímia el corazón con su mano de acero.

Esta mañana seguí el vuelo de las águilas, y las águilas volaban bajas, cerniéndose en el extremo del horizonte, allí por donde se alzan los desfileros del Absud, como si buscasen en las arenas los despojos de un cadáver que devorar.

Anoche los chacales aullaron como seres humanos y—¡cosa nunca vista!—el leopardo saltó al foso y la empalizada y nos arrebató la novilla más hermosa, aquella que tenía un lucero blanco en la frente.

Huellas recientes de leones se han visto en torno de las tiendas.

El amuleto de la mano del Profeta, que mi madre me colgó al cuello al expirar, se me cayó en la cisterna.

Y todo esto me llena de aficción, me inquieta y tortura mi cuerpo y mi alma con suplicios infernales.

Ya sabes que jamás sentí el temblor del miedo ni mi rostro conoce la palidez del espanto.

Me crié al lado de mi padre, en una vida nómada de guerras y de asaltos, de combates y de emboscadas.

Mis piernas saben reventar en las carreras al potro más cerril.

Muchas gacelas han caído atravesadas por mis flechas, y más de un enemigo mordió el polvo bajo el empuje de mi lanza.... Pero amo tanto a Muhamed que la cosa más insignificante me hace temer por su vida, que es mi única felicidad en

este mundo. ¡Oh, si yo hubiera ido a su lado, para resguardarle con mi pecho, para protegerle con mi espada!

E inclinando su bella frente entre las manos, se quedó silenciosa, reconcentrada en su recuerdo y como adsorta en sus visiones.

Todos respetaron su silencio, conmovidos por la ternura y la intensidad de aquel amor fanático.

Una gritería de júbilo se oyó a lo lejos. Ladridos de perros, voces de mujeres, exclamaciones y carreras de niños...

Algunos rostros, radientes de alegría, se asomaron á la puerta del Schaij.

—¡Los foránicos! ¡Los foránicos!—gritaban en una desbordante alegría triunfal.

Todos se levantaron. Resonó un galope frenético, y pocos momentos después apareció en el umbral la jadeante figura del foránico.

Se prosternó ante el Schaij, exclamando con la voz rota de emoción:

—¡Alabados sean los designios de Dios, Almanzur! Al encenderse el primer lucero, brilló en la cumbre del monte Orob la hoguera que anuncia la victoria.

Las cimas de Tahimud, las colinas de Absed y de Sutra encendieron también sus fuegos... Partí al galope, devorando el aire, y aquí me tienes orgulloso de ser el primero en anunciarte el éxito de esta expedición.

—¡Alabada sea la sabiduría y la misericordia de Dios!—murmuró Almanzur, mirando al Oriente con los brazos levantados al cielo.

Y todos los que llenaban la tienda y los que se

agrupaban a la puerta repitieron las santas palabras, entregándose después al más loco júbilo.

Las mujeres se abrazaban; los niños corrían y hasta los ancianos graves y meditabundos des-arrugaron sus hoscas entrecejos.

Sólo Aischa permaneció extraña a la alegría general. Reclinada sobre los cojines, parecía entregada aún a sus terribles visiones interiores.

La noche fué de fiesta en la tribu.

El sueño huyó de todos los ojos.

Bajo la concavidad azul é infinita del cielo perlado de estrellas y fulgurante de luna, las mujeres, sobre pieles de leopardo y de camellos, en medio de un corro de hombres y de niños y en torno de las hogueras llameantes, danzaron las más lascivas danzas del Oriente, agitando sus velos, resonando sus joyas y haciendo entrever entre las gasas y las sedas el temblar epiléptico de sus vientres y sus muslos desnudos.

Los ojos fosforecían en alargamientos felinos, bajo el resplandor lunar, y los oros y las gemas y las púrpuras centelleaban entre la negrura de los cabellos y los revuelos cándidos y azules de los almaizales flotantes.

Un perfume de amor y de voluptuosidad impregnaba la humedad casi humana de la noche, llena de almizcle, sándalo y olor a carnes morenas.

Los mastines vigilaban cerca de los fosos; algunas vacas mujían, y á veces, en el aire, como el augurio de un peligro lejano, llegaban los ásperos aullidos de las hienas y de los chacaes, cuyas sombras, rastreras y agazapadas, proyectaba la

fantasmagoría de la luna en la claridad alucinante de los arenales estériles.

## V

De súbito, saltando fosos y empalizadas, en una carrera desenfadada y alucinante, como corza perseguida por una manada de leones, apareció un corcel.

Pasó como un meteoro por las primeras tiendas, atropellando a los grupos que danzaban a la luz de la luna.

El jinete venía tendido sobre el cuello, con las bridas sueltas y los acicates hundidos en los ijares. Alzó la cabeza para orientarse, y al ver la tienda de Almanzur que se destacaba entre todas por la esbeltez y elegancia de su cúpula rematada en una media luna de plata, hizo un esfuerzo supremo y desesperado, y reteniendo con ambas manos el rendaje, paró en seco el corcel.

El noble animal no pudo más, y jadeante y convulsivo, con los ijares abiertos, las narices dilatadas y bañado de sudor y de espuma, cayó desplomado.

El jinete, recogiendo las piernas, en un salto ágil evitó la caída.

Se inclinó sobre su yegua, y al verla muerta, sus ojos se inundaron de lágrimas, y abrazándose a su cuello, ajeno a todo, le prodigó las más tiernas frases.

—Alma mía, luz de mis ojos... ¿Por qué me entregas solo a mi enemigo? Tú, que tenías el brillo deslumbrante del pavo real, el alma noble de la paloma, la fiereza y la prontitud del halcón que se abate sobre su presa, la carrera del avestruz, el vigor del león y la astucia del zorro. Tú, que brillabas como el espejismo en el desierto y volabas en las alas del viento y serpenteabas como el relámpago y te precipitabas al combate con la impetuosidad del torrente que la lluvia desborda... ¡Duerme en paz, y que tus huesos no sean pasto de los chacales!

De pronto, viendo la gente que, muda y conmovida, presenciaba la escena, una idea terrible volvió a apoderarse de él, y desviando los brazos del cuello de su yegua, se precipitó en la tienda de Schaij.

Ante la venerable silueta de Almanzur, cayó de rodillas, inclinándose varias veces hasta besar el suelo en señal de sumisión.

Traía las vestiduras rotas y sangrientas, las barbas revueltas y el turbante y el alquicel hechos jirones.

—La misericordia de Dios caiga sobre ti y sobre toda tu descendencia—exclamó con la voz conmovida—. Llego a tu tribu perseguido de cerca por mis enemigos y abandonado cobardemente por mis gentes, y en el nombre de Dios te pido amparo y hospitalidad bajo el sagrado de tu tienda.

Almanzur tendió los brazos al recién llegado, y alzándole del suelo, le hizo sentar en sus propios almohadones.

Después, con voz grave y unciosa murmuró:

—Alabado sea Dios, que te envía a mi tribu. Seas quien seas, en mi casa estás y en ella sabré defenderte contra todos tus enemigos.

Al huésped le envía Dios, y por nada del mundo faltaría a la hospitalidad que se te debe. Tú eres el amo de esta tienda.

Esclavos—añadió, volviéndose a los suyos—, preparad un festín digno de un príncipe. Degollad la vaca mejor de mi rebaño; preparad las más sabrosas confituras. Esclavas, mullid el más blando lecho, cubrirlo con las más valiosas telas; sacad los más bellos vestidos y ungir y perfumad las barbas y los pies de mi huésped con los perfumes más costosos.

Todos se dispusieron a complimentar las órdenes de Schaij.

El recién llegado, algo más sereno, continuó:

—Me llamo Abul Mohadí. Pertenezco a la tribu de los Coraichitas y vivo en un valle fértil, en las estribaciones del monte Sohél, entre Medina y la Meca. Venía al frente de una rica caravana. Unos bandidos me asaltaron de improviso. Mi gente se desbandó al primer encuentro, y yo, después de haber hecho rodar por tierra al que parecía el jefe de los bandoleros, viéndome solo hundi las espuelas en los ijares de mi yegua, y el noble animal salió disparado como la flecha del arco—; y al recuerdo de su yegua, su voz se hizo trémula y dolorida.

Pronto dejamos atrás—continuó con acento más firme después de una breve pausa—las arboledas del oasis y cruzamos el desierto en una carrera desesperada, espantando a los chacales, que devo-

rababan los restos de alguna caravana sorprendida por el simún.

Y siempre que refrenaba mi noble animal, para darle algún descanso y orientarme en la huida, escuchaba a lo lejos el galope frenético de mis perseguidores, cuyos gritos llenaban de angustia y de maldiciones la noche.

Y así corríamos una hora y dos, cuatro, hasta salir de aquel mar de arenas en un torbellino polvoriento.

Me encontré en las estribaciones de un monte... Oía más cerca el galope de mis enemigos.

Llegó un momento en que percibí claramente el relinchar de sus corceles, y hasta me pareció distinguir sus sombras en los arenales.

Mi pobre yegua resoplaba, jadeante, bañada de sudor; sus flancos temblaban cubiertos de sangre y su pretal estaba blanco de espuma.

Había que hacer un esfuerzo inandito e internarse en los matorrales del monte.

Un momento más de vacilación sería mi muerte.

Mi cabeza sería cortada y clavada en alguna pica como trofeo.

Me interné en la montaña cuando ya percibía a uno de mis perseguidores que, tendidos sobre sus corceles, blandían amenazantes sus largas lanzas.

Tuve una idea salvadora. Dios habló a mi corazón... Descabalgué, y conduciendo por las bridas a mi yegua, me interné en aquel espeso laberinto de palmeras.

Me hallé de repente en el fondo de un barranco, y dejando oculta la yegua en una caverna, después de orientarme, me desvié de mi camino, y

por el lado opuesto fui dejando jirones de mi vestidura entre las ramas de arac y los cactus que conducen a la primera eminencia del monte.

Después regresé a mi escondite.

A través del ramaje distinguí, al poco, el ir y venir de mis perseguidores.

Oí claramente sus voces que, roncadas de cólera, tramaban:

—Debió tomar el camino de la cumbre. Volvamos bridas y salgamos a su encuentro detrás de los desfiladeros.

Yo, trémulo de rabia, abrazado el escudo y la espada en alto, me disponía a vender cara la vida.

Por fin—uno exclamó, con ese grito de alegría con que los cazadores descubren entre los juncales húmedos por el rocío las huellas del antílope:

—Mirad, mirad, los jirones de sus vestidos entre los cactus. Debió tomar hacia la cumbre.

—Sigamos sus rastros.

Y todos partieron tras él...

Abandoné mi escondrijo; salí al llano, y aquí me tienes buen Schaij... Mi vida es tuya.

Mis perseguidores no tardarán en darse cuenta de mi burla y vendrán a buscarme.

Unos pastores me han visto atravesar la llanura y descabalgan en esta tienda.

Tranquilízate. Todo el desierto conoce y respeta el nombre de Almanzur.

En mi casa estás libre. Nadie osará tocar a un solo pelo de tu barba.

—Voy a dar las órdenes oportunas—añadió el Schaij, y seguido de sus siervos salió de la tienda.

Reinó el silencio.

Abul Mohadí permaneció inmóvil, agobiado de fatiga.

Aischa le contemplaba a través de su velo, con sus grandes ojos nocturnos.

Sin saber por qué, el rostro fino y atezado del guerrero se iba grabando en su imaginación con caracteres imborrables.

Sería capaz de reconocerlo siempre, entre cien mil, en la algazara de una feria o entre el estruendo de un combate.

## VI

Un ruidoso galopar de corceles, gritos de angustia, ayes de desesperación turbaron la solemnidad del silencio.

El Mohadí se agitó convulso, e instintivamente llevó la mano a la empuñadura de su alfanje.

Se oyó la voz desolada de Almanzur, que exclamaba:

—¡Pobre hijo mío! ¡Oh, mi Muhamed, encanto de mis ojos, apoyo de mi vejez! El Señor castigue a su matador, poniéndole al alcance de mi brazo..!

Aischa, como poseída de un vértigo, saltó de su asiento y se dirigió a la puerta de la tienda.

En el umbral se arremolinaba la gente.

Se oían relinchos de corceles, chocar de armas, gritos de venganza y lloros de mujeres.

Una desolación inmensa parecía cubrir con sus olas negras a toda la tribu.

Dos guerreros sostenían el cuerpo ensangrentado de Muhamed el Assadi.

La cabeza pendía lívida, en un gesto altivo de fiereza y de reto.

Almanzur, a su lado, mesábase sus largas barbas patriarcales.

Las mujeres desgarraban las vestiduras en señal de duelo, y los hombres extendían los puños crispados y amenazantes.

Un esclavo retenía del rendal la yegua favorita de Muhamed.

El noble animal, estirando el cuello, con las orejas rectas, como avizorando algún peligro, escarbaba el suelo con sus finos cascos.

Introdujeron el cadáver en la tienda, depositándole sobre un rico tapiz.

Aischa se abrazó, sollozando, al cuerpo de su amado...

El Mohadí saltó de su asiento, y ocultándose en un ángulo de la tienda, con el alfanje en la diestra, se dispuso a morir matando.

Tal un león herido acorralado por la jauría en el interior de una caverna.

Algunos guerreros le reconocieron, gritando a Almanzur:

—Mira al matador de tu hijo. Entrérganoslo y cumpliremos tu venganza.

E intentaron precipitarse sobre el Mohadí.

Almanzur se interpuso, solemne, rígido, con los brazos levantados al cielo, como pidiendo misericordia.

Por su faz austera cruzó un relámpago de cólera, de odio, pero momentáneamente se serenó,

volviendo a adquirir su actitud imperturbable de estatua de piedra.

—¡Almanzur, entréganoslo para vengar con su sangre la sangre de tu hijo!— clamaron los guerreros, con los alfanjes desnudos y los ojos fosforescentes de odio.

Aischa, como ajena a todo, continuaba abrazada al cadáver, sollozando, besándole, llamándole con los más dulces nombres.

Almanzur opuso su cuerpo a las espadas de los guerreros, y con voz serena murmuró lentamente:

—Perezca yo y todos los míos, antes de ser traidor a la hospitalidad que Dios nos impuso. Noblemente, cara a cara, dió muerte a mi hijo. Pues aunque hubiese sido a traición, aquí le defendería contra todos.

El huésped nos lo envía Dios, y sólo a Dios debemos entregarlo.

No me pidáis que manche con una iniquidad la gloriosa y pura tradición de nuestra raza. Enterraremos piadosamente al muerto, y en cuanto al huésped, él es el dueño de mi casa. Si quiere partir, yo mismo le daré escolta hasta dejarlo en lugar seguro.

El Mohadí interrumpió, conmovido, abrazándose a sus rodillas:

—Noble anciano, mi vida es tuya... y entera la daría por haber ahorrado a tu alma el dolor que sin querer te he causado.

—Parte cuando quieras, huésped mío, y que la bendición de Dios caiga sobre nuestras cabezas.

Que le enjaecen mi mejor corcel, que le ciñan mis más templadas armas.

Yo mismo, al frente de vosotros, ¡oh, mis nobles guerreros!, quiero servirle de escolta.

Todos inclinaron, emocionados, las cabezas, mudos de admiración y de respeto.

Sólo se oía la voz de Aischa que, abrazada aún al cadáver, sollozaba:

—¡Mi alma, mi vida; yo sabré vengar tu muerte!

## VII

Aischa dispuso los funerales de su esposo.

Ungió y cubrió el cadáver con los más costosos perfumes y las sedas más ricas, y le mandó sepultar a la sombra de un tamarindo, de frente a la Meca. Junto a la piedra de la tumba, siguiendo la bárbara y fanática costumbre de las tribus árabes del desierto, ataron al camello favorito para que se muriese de hambre y pudiese acompañar al alma de su dueño en la otra vida.

Aischa parecía un espectro. Una inquietud terrible agitaba sus músculos. Sus ojos, agotada la amargura del llanto, adquirieron esa frialdad profunda y alucinante que arranca la luna a las pupilas fosforescentes de los chacales.

La caravana que había de conducir hasta un lugar seguro a Abul Mohadí se iba a poner en marcha, silenciosa y tétrica como un entierro.

Las mujeres sollozaban por la muerte del joven héroe de corazón de león.

Los ancianos bendecían la misericordia del Se-

ñor por haberles deparado un Schaij de la fortaleza de ánimo del noble Almanzur, capaz de sacrificar los más íntimos y santos sentimientos a la hospitalidad legendaria de su raza.

El viejo guerrero lo disponía todo, inconmovible al dolor de sus entrañas desgarradas.

Los siervos ensillaban, silenciosos, bajo los toldos de las puertas, los corceles y los camellos.

Abul Mohadí permanecía inmóvil, replegado en sí mismo, ante la hostilidad ambiente, sin atreverse a mirar al anciano que había salvado su vida.

Reclinado en la penumbra de la estancia se sumergía en el mar de sus tristes pensamientos, cuando se le acercó una sombra blanca como un rayo de luna, y, cogiéndole fuertemente por un brazo, le dijo con voz sorda, rechinante de ira, mientras la mano libre alzaba el velo dejando ver la hermosura deslumbrante y grave del rostro de Aischa:

—Abul Mohadí, contempla este rostro. ¿No te dice nada?

—Sí, que nada existe más bello sobre la tierra y que, apesar de todo, bendigo al Señor que me ha concedido la gloria de contemplarle.

—¡No blasfemes, sacrílego! En estos ojos se miraba Muhamed el Assadi, como en un espejo. Desde que tu brazo maldito le arrebató la vida, no ven sino tristezas y desesperaciones. Fíjate bien en ellos. Sólo los volverás a ver en la hora de tu muerte. ¡Ellos serán los dos arcángeles negros que arrancarán el alma de tu cuerpo!

Y rápida como una sombra huyó Aischa a perderse entre los tapices de los muros, dejándole al

pobre Abul Mohadí la sensación fugitiva de una de esas visiones que sólo se entreven en las fantasmagorías de un sueño.

—En marcha—ordenó lenta y severamente Almanzur.

Abul Mohadí saltó ágilmente sobre una preciosa yegua baya, enjaezada como la de un príncipe, y al lado del noble Schaij que, altivo y majestuoso, hacía caracolear su overo, recordando tal vez tiempos gloriosos de amor y de guerra, se puso en marcha.

Doscientos jinetes armados le daban escolta. Entre nubes de polvo se perdieron en los inmensos arenales donde sangraban aún las últimas heridas de la tarde.

Aischa permaneció casi toda la noche orando sobre la tumba de Muhamed, blanca e inmóvil, bajo las estrellas, sin temor a los chacales y a las hienas que, olfateando la carne muerta, aullaban en las cercanías.

De repente, presa de una impetuosa resolución, se alzó de la piedra tumular, y, seguida de sus esclavas, se encaminó rápidamente hacia su tienda.

Ella no podía quebrantar las leyes de la hospitalidad, tan gratas al Señor y al Profeta, pero podía vengarse de aquel que le había arrebatado su dicha.

Ojo por ojo, diente por diente.

Recordó su infancia borrascosa.

Hija de un hermano de Almanzur, perseguido por la desgracia y el rencor de sus enemigos, había caminado errante durante sus primeros años, de ciudad en ciudad, de desierto en desierto, dur-

miendo bajo las estrellas y disputando a veces sus cubiles a las fieras del monte.

En aquella existencia aventurera y peligrosa, sus manos aprendieron a manejar el arco y la lanza, sus rodillas a domeñar los potros más cerriles.

Muchas veces, mientras su padre descansaba de las fatigas diarias, ella salía, en unión de algunas siervas, a cazar gacelas.

¡Oh, cómo recordaba ahora, en su dolor profundo, aquellas carreras desenfrenadas, y cómo revivían en su memoria los detalles más nimios de la caza!

Una gacela ha visto caer a su lado, atravesado por la flecha, a su macho, defensa y guía del rebaño. Los pequeñuelos quedaron también allá abajo, en las llanuras pantanosas... y ella recorre sin descanso las colinas áridas, llanuras desoladas. La arena movediza huye bajo sus plantas.

Durante la noche se ha encogido, temerosa, entre las ramas espinosas del arac.

Cuando se agitaba en la obscuridad, la blancura de su pelo relucía en medio de las tinieblas como la perla al moverse en la seda en que está engarzada.

Mas apenas distingue los primeros rayos de la aurora, emprende de nuevo su carrera. Sus pies resbalan sobre la tierra cubierta de rocío.

Llena de inquietud y de pesar, vuelve de nuevo a los pantanos de Soaid, y en torno de ellos bala llamando a sus hijos perdidos.

Un terror súbito se apodera de ella. Acaba de oír la voz de los cazadores, y su presencia en aquellos parajes le anuncia el peligro.

Emprende de nuevo la fuga, y, desesperanzados los cazadores de alcanzarla con las flechas, le lanzan sus perros, que, dóciles a las voces de sus dueños, corren en su persecución y la asedian.

Acometida de cerca, les presenta sus cuernos puntiagudos, semejantes a aceradas lanzas, comprendiendo que sólo una intrépida defensa puede librarla de una muerte segura.

Ataca a Korab, y el noble animal cae bañado en sangre. Se revuelve contra Sakun, y le abre el vientre. Los demás perros ladran espantados, pero no retroceden...

Entonces era la ocasión... Y Aischa avanzaba tendido el arco, tenso el brazo y el ojo fijo... Y la flecha partía sibilante a clavarse en el pecho de la gacela que, dando un tremendo salto, se desplomaba sin vida, abiertos de espanto sus ojos, casi humanos, en una húmeda mirada de agonía.

Su brazo también se había ejercitado en la guerra.

¡Cuántos beduinos habían mordido el polvo del desierto bajo el empuje de su lanza!

Y así fué su vida hasta que sus ojos se encontraron con los de Muhamed, cerca de una cisterna, mientras a la sombra de las palmeras seesteaban arrodillados los camellos.

Muhamed, por encargo de su padre, había ido a buscarlos al oasis de Darmaida, para ofrecerles en su tribu amparo y tranquilidad.

Se detuvieron en el oasis algunos días, y juntos emprendieron el camino hacia el aduar de los Beni-Musas. Ella galopaba al lado de su primo, silenciosa y pálida.

Sus labios no se atrevían a respirar, y hasta sus ojos, fieros y grandes, que contemplaron tantas veces impávidos la sombra de la muerte, se cerraban temerosos de las voraces miradas del Assadi.

Pero el dolor rondaba sus pasos, y el destino, menos piadoso con su padre que con el patriarca Abraham, no le dejaría contemplar, antes de morir, su tierra de promisión.

Atravesaban el desierto.

De súbito, el cielo tiñóse de púrpura llameante, y un asolador viento del Este empezó a encrespar las olas de aquel océano de arenas.

Las caballerías se encabritaron, e indóciles a las riendas se tendieron en el suelo, hundiendo sus hocicos en las arenas.

—¡El simún!, ¡el simún!—gritaban espantados los beduinos, descabalgando ágilmente y tendiéndose también en los arenales.

El calor era asfixiante, y a lo lejos se veía una montaña de arena y polvo ardiente que velaba el sol y amenazaba desplomarse sobre ellos. Aischa se sentía arder toda, como en vuelta por las súbitas llamaradas de un horno.

Muhamed la arrebató por la cintura y la obligó a tenderse a su lado, sepultando su rostro en las arenas.

Y no recordaba más...

Al despertar de aquella asfixia se alzó del polvo como de una tumba, y sus ojos y todos sus miembros se quedaron petrificados de espanto.

A su lado yacían los cadáveres de su padre y de algunos guerreros que no habían tenido tiempo de ponerse en salvo.

Los cuerpos, emponzoñados por el simún, aparecían monstruosamente hinchados.

Los miembros, tumefactos, se desprendían por sí solos en mutilaciones espantosas.

Se detuvieron unos instantes para dar sepultura a aquellos restos queridos.

Desde entonces, su suerte estuvo ligada siempre a la de su primo el Assadi.

Llegaron a la tribu de los Beni-Musas, y a la luna siguiente celebraron sus esponsales.

Todos estos recuerdos pasaban por la imaginación calenturienta de Aischa, mientras se dirigía a la tienda que había sido testigo de su felicidad.

Una vez en ella, congregó a sus viejos servidores, y les dijo:

—Ya sabéis la muerte de mi primo Muhamed y el sacrificio sobrehumano de mi tío para dejar con vida a su asesino.

Conocéis también la fortaleza de mi brazo, capaz de un solo bote de lanza de derribar de su arzón al más valeroso de los campeones.

Su sangre clama venganza.

Yo lo he jurado sobre la piedra que cubre los restos de mi esposo.

¿Estáis dispuestos a seguirme y ayudarme en esta empresa?

Todos asintieron agitando los brazos.

—Pues bien—continuó Aischa—, ensillar los corceles. Esta noche partimos, antes que regrese mi tío y pueda oponerse a mis intentos. Ceñiré las armas de mi esposo y montaré su yegua favorita. Nadie, desde hoy, me llamará por mi nombre,